

DeCi y BeLia
Aprendiendo y concienciando
Narraciones y cuentos.
Abogado del Ruido

CUENTO I:

DeCi y BeLia

En:

“UN SONIDO MISTERIOSO EN NAVIDAD”

Érase una vez, en un pueblo de la alta montaña, donde el aparecer de la nieve acercaba el paisaje a una blanca NAVIDAD, cuando en una acera mojada por la escarcha, Deci y Belia se miraban como ocultándose, entrelazados y cogidos en las piernas de sus madres, mientras estas últimas hablaban como vecinas frente al portal de su casa.

Deci era un chico realmente bueno, quería a sus amigos y compartía con ellos sus juguetes. Era su madre la que en muchas ocasiones lo impedía y siempre con la misma excusa: “un día vendrá a casa y allí jugáis con todos los juguetes que tienes”. Su habitación estaba llena de figuras de animales y balones.

Por otro lado Belia era reservada y de rostro dulce. Siempre prudente y responsable en sus deberes, siendo la habitación una habitación realmente ordenada. Sus libros en los estantes y su ropa nunca fuera del sitio donde su madre había indicado.

Mientras sus madres hablaban, ambos notaban una situación tensa entre ellas, no hablaban de la Navidad ni de comida, ropa o del tiempo. La conversación era encendida y con muchos reproches. En ese instante, ambos, al pasar junto a ellos una mujer con un pequeño perro de pelo blanco y suave, soltándose, acudieron con rodilla en suelo, a mirar de cerca al pequeño cachorro.

“Rober, así se llama”, dijo su dueño. Quedaron boquiabiertos y asombrados pues Rober ponía sus pequeñas patitas sobre ellos queriendo jugar y jugar. Una vez se alejó el pequeño animal, quedaron de pie, juntos, mirando cómo se alejaba.

Deci le preguntó a Belia: “¿de qué hablan tu madre y la mía?”, a lo que Belia le respondió que hablaban de la misteriosa música y de los sonidos que venían del techo y paredes de su casa. “Pues, parece que una dice que viene de un sitio y otra de otro. No se aclaran” concluyó Belia. Deci dijo: “Esas son cosas de mayores, seguro que sabrán de dónde vienen”.

Una vez se despidieron y subieron a sus casas, Deci corrió, dejando caer su mochila en el suelo del pasillo, directo a su habitación. Cerró tras de sí la puerta y en el centro de la misma se detuvo. En silencio buscaba cualquier ruido que delatara los sonidos que había dicho Belia, pegando su oreja a la pared en busca igualmente de la música misteriosa que se escuchaba en la casa de su vecina.

Tras unos minutos Deci abrió su cajones y sacó sus animales, tirándolos al suelo y haciendo un enorme Zoológico, el cual, con las herramientas y golpeando las piezas de madera, montaba en el suelo. En ese momento entró su madre y puso su mochila en la silla y colgó su chaqueta. Cuando esta se disponía a salir de la habitación notó cómo uno de los balones le golpeaba en la pierna, escuchando al pequeño decir “Gooooo!”. Retiró el balón, y diciéndole “no juegues aquí al balón” salió de la habitación dejando a Deci jugando su partido. El partido se trasladó al pasillo donde las porterías estaban enfrentadas y donde podía correr de uno a otro lado.

Una vez hubo merendado, hizo los deberes con ayuda de su madre y se puso a ver esos dibujos que tanto le gustan, canciones, risas,... siempre le gustaba dormirse con los mismos dibujos con los que se levantaba los sábados y domingos cuando todos dormían.

Al día siguiente volviendo del colegio, coincidieron entrando en el edificio. Belia delante con su madre y Deci tras ellas. Las madres no se hablaron pero las miradas de los dos amigos expresaban el deseo de juntarse y decirse algo. Así, una vez frente al ascensor y a la espera del mismo, Deci le dijo a Belia, vamos a asomarnos por si vemos a Rober. Corrieron a la puerta, mirando tras ellas, dejando ambos un pequeño círculo de vaho en el cristal.

“Nada, no está” dijo Belia, a lo que contestó Deci: “Estará calentito en su casa descansando” y posteriormente le preguntó: “Belia, ¿has encontrado de dónde vienen los ruidos y esa misteriosa música?”. A lo que Belia negó con la cabeza. “Pues en mi casa no lo oigo, solo silencio y mi madre cuando me llama” concluyó Deci.

Requeridos por sus madres ambos corrieron colándose en el ascensor con un estruendoso trote de zapatos.

Belia entró en su casa y se dirigió a su habitación murmurando “voy a descubrir de dónde viene esos ruidos ya que no los escucha Deci”. Se puso en el centro de su habitación y en silencio intentó buscar el ruido. Al momento, trasteo de golpes. Tac!!, tac!!, tac!!, bon!! Bon!! Bon!!. Salió de la habitación, donde no cesaban los golpes. Rápida y apresurada, diciéndoselo a su madre, sin esperar contestación, subió a casa de Deci, bajando ambos a continuación. “Corre Deci, corre. Oye, oye” le decía Belia. Pero allí en su habitación habían cesado los ruidos.

Tras ellos entró la madre de Belia y preguntó por esa prisa que llevaban, a lo que la pequeña le dijo que había oído ruidos y quería que los oyera Deci, a fin de resolver el misterio. En ese instante tocaron a la puerta y acudió su madre a abrir.

Recuperándose de la carreta, Belia dijo: “Esos ruidos venían de arriba, del techo.” Ambos se preguntaron: “¿Qué será? ¿Qué habrá ahí arriba?, un monstruo, una locomotora, una fábrica de juguetes...?”.

Observando durante un rato en silencio las paredes y techos de la habitación, Deci contestó: “Pero si tu habitación es igual que la mía, creo que arriba está mi habitación”. Quedaron pensativos, preguntándose ambos qué misterio podría haber en la habitación de Deci que provocara los ruidos. Pero este último dijo muy seguro “es mi habitación y no hay nadie más que yo”.

Tras oír a Deci dijo Belia: “pues entonces ¿eres tú el que da golpes?”, a lo que contestó Deci: “yo solo juego con mis animales en el suelo y construyo mi Zoológico con el martillo de mi caja de herramientas. Bueno a veces juego al fútbol con el balón. ¿Puede que sea lo que oyes Belia?”

A lo que contestó Belia: “Jo, pues va a ser que sí. Vaya misterio”.

Tras jugar un rato Deci se despidió de Belia: “Me marcho Belia. Que sepas, que a partir de ahora no oirás más ruidos ya que voy a jugar en la cama y no daré golpes en el suelo”. Y sobre la música “creo que será mi tele. La bajaré un poco. ¿Vale?”

Una vez salieron de la habitación ambos guardaron el secreto de los misteriosos ruidos, y dijeron a sus madres que no buscaran, ni discutiesen por encontrar ese sonido misterioso, ya que lo habían encontrado ellos solos y no molestaría más a Belia.

A lo que las madres, juntas en la entrada, respondieron con una sonrisa afectuosa.